



LIBERTAD Y DETERMINISMO EN *PAZ EN LA GUERRA* DE MIGUEL DE UNAMUNO

MANUEL SANCHIS I MARCO

1. INTRODUCCIÓN



La novela, claramente autobiográfica, contiene los recuerdos de mocedad de Unamuno en Bilbao durante la segunda y tercera guerras carlistas y, de manera particular, durante el asedio al que fue sometida la villa por las tropas de Carlos VII. En 1870 Bilbao era una villa mercantil compuesta por escritores y tenderos, liberales y españoles, pero se fue convirtiendo en los años 1880-90 en una villa industrial, de fábricas, humo y socialismo, de bancos y nacionalismo emergente. En 1872 estalló la tercera guerra carlista (1872-76) entre los partidarios de Carlos, duque de Madrid, pretendiente carlista con el nombre de Carlos VII, y los gobiernos de Amadeo I¹, de la I República y de Alfonso XII. Ignacio, protagonista de la novela junto con su padre Pedro Antonio, se va a la guerra siguiendo las tropas de Carlos VII que entra en España el 16 de julio de 1873 y establece corte y gobierno propios, un pequeño estado vasco-navarro con capital en Estella, casa de monedas (*perros grandes*), sellos

de correos y telégrafo, tribunal de justicia y universidad en Oñate². La ciudad permaneció en estado de sitio y bajo permanentes bombardeos hasta “la entrada de tropas libertadoras en Bilbao, el 2 de mayo de 1874”³.

Unamuno empieza a escribir *Paz en la Guerra* en 1897, a los 33 años. En marzo de ese mismo año sufre una fuerte crisis religiosa, quizás provocada por el ataque de meningitis que había sufrido su tercer hijo Raimundo a los pocos meses de nacer en 1896, enfermedad que, años después, le llevaría a la muerte⁴. Es muy probable, por lo tanto, que algunos de los pasajes finales de la novela en los que Unamuno relata los recuerdos de la vida compartida entre los protagonistas, Pedro Antonio y su hijo Ignacio⁵ –por ejemplo, cuando narra que Pedro Antonio recuerda cómo “acercaba el oído a la cuna del niño para asegurarse de que respiraba vivo”⁶ – estén muy influidos por sus propios sentimientos personales ante la pérdida de su propio hijo Raimundo cuando tenía 33 años.

1 MIGUEL DE UNAMUNO (1995): *Paz en la Guerra. Obras Completas*, Biblioteca Castro Turner, Madrid, p. 68.

2 MIGUEL DE UNAMUNO (1995), *Op. cit.*, pp. 255, 262 y 270.

3 *Ibidem*, p. 198.

4 LUCIANO GONZÁLEZ EGIDO (1997): *Miguel de Unamuno*. Junta de Castilla y León, Valladolid, p. 79.

5 MIGUEL DE UNAMUNO (1995), *Op. cit.*, p. 276.

6 *Ibidem*, p. 286.



Sobre el título, señalemos las múltiples referencias que existen en la novela al modo en que Unamuno identifica la guerra, por analogía, con las disputas que se producen entre hermanos⁷, con el modo en que “se mojan los chicos uno a otro la oreja antes de emprenderla a mojicones”⁸, con el espíritu de paz de familia⁹ en el mundo interior de Pedro Antonio y su contraste con el silencio del campo¹⁰, con estar jugando al escondite¹¹, con la forma en que Ignacio disparaba con calma, sin emoción, con todo reposo¹², con la forma en que los mercaderes de la villa aprendían en la paz el valor de la guerra¹³, con el modo en que se vivía “vida de paz en el seno de la guerra”¹⁴, con la forma en que Pachico percibe la paz del bosque donde “la guerra misma se encierra en paz”¹⁵. La guerra es a la paz lo que a la eternidad el tiempo y, al mismo tiempo, la inextinguible ignorancia humana¹⁶ es presentada, junto con el miedo al otro¹⁷, como madre de la guerra.

2. CONTENIDO DE LA NOVELA

Cuando mueren los padres y el tío de Pedro Antonio, éste hereda la pequeña confitería de su tío, y vive una vida apacible y sin ambiciones. Aunque se encuentra lejos de su aldea y “enjaulado en su tenderete [...] Íbansele los ojos tras de las vacas que pasaban por la calle”¹⁸. Conoce a Josefa Ignacia y siguiendo el consejo de su tío “[...] decidió tras una buena rumia hacerla su mujer”¹⁹. Su primo Pascual era cura e influía de forma determinante en las decisiones clave de la familia. Su hijo Ignacio crece entre las tertulias de la chocolatería a las que acude el cura Don Braulio. Mientras que el padre y la madre y el tío de Ignacio son carlistas, la familia de su amigo Juanito Arana es liberal. Juan Arana, el padre de Juanito, es una persona cultivada, un empresario liberal con cultura²⁰, con orden, “[...] liberal, pero liberal sin color ni grito”²¹. Su tío Pascual califica a los Arana como católicos que no respetan el viejo dogma²² e interviene ante sus padres para que aparten a Ignacio de Juanito Arana²³ pues había que evitarle malas compañías²⁴. Después será el padre de Juanito Arana quien, a su vez, mantenga la misma actitud hacia Ignacio²⁵.

Por otro lado, Celestino, ídolo de juventud de Ignacio en la Universidad, es castellano y se presenta ante Ignacio como conocedor de Kant y del krausismo, capaz de discutir solo²⁶. Con Celestino vive Ignacio anhelos de guerra²⁷. A su vez, Celestino considera a Ignacio la palanca de Arquímedes, y a sí mismo, el punto de apoyo²⁸ necesario para la insurrección carlista. Ignacio lo volverá a encontrar en el batallón carlista²⁹, pero su admiración se esfumará

7 *Ibidem*, pp. 80 y 82.

8 *Ibidem*, p. 250.

9 *Ibidem*, p. 91.

10 *Ibidem*, p. 98.

11 *Ibidem*, p. 113.

12 *Ibidem*, p. 130.

13 *Ibidem*, p. 149.

14 *Ibidem*, p. 160.

15 *Ibidem*, p. 287.

16 *Ibidem*, p. 291.

17 *Ibidem*, pp. 227, 243-244.

18 *Ibidem*, p. 8.

19 *Ibidem*, p. 9.

20 *Ibidem*, p. 17.

21 *Ibidem*, pp. 152 y 166.

22 *Ibidem*, p. 66.

23 *Ibidem*, p. 34.

24 *Ibidem*, p. 29.

25 *Ibidem*, p. 88.

26 *Ibidem*, pp. 47 y 49.

27 *Ibidem*, p. 47.

28 *Ibidem*, p. 62.

29 *Ibidem*, p. 97.



cuando más tarde constate la arrogancia de este personaje el cual, poco antes de la batalla de Bilbao al ser saludado por Ignacio con un “¡hola!”, le responda “¡cuádrese usted!”, ante lo cual Ignacio le espetará “¡vete a la mierda!”³⁰. En cuanto a Rafaela, se trata de una mujerzuela de la villa de Bilbao con quien Ignacio descubre el mundo de la “carne”³¹, a la que Unamuno contrapone a otra Rafaela, la de una aldeana que Ignacio conocerá en una de sus tantas marchas y contramarchas con las tropas carlistas una vez se haya alistado³². Ignacio cambiará de batallón y se unirá a otro en el que están los familiares y amigos de la aldea de su padre³³.

Ignacio empezará teniendo una idea entusiasta³⁴ de la guerra, animado por un sentido de aventura y de conocer mundo³⁵, de llevar una vida aventurera. Esta visión inicial está muy ideologizada y presenta a los dos bandos de una forma maniquea³⁶. Por una parte, están los carlistas (chimbos) presentados como el bando “bueno”; y, por otra, los liberales³⁷ (guiris, negros), masones³⁸ y afrancesados³⁹, que para Ignacio simbolizan el fondo oscuro del alma humana, “los pobres hombres de bien en contra de la ‘gabilla de cínicos infames especuladores, mercaderes impúdicos, tiranuelos de lugar, polizontes vendidos, que como los sapos se hinchaban en la inmunda laguna de la expropiación de los bienes de la iglesia’⁴⁰. Poco a poco, sin embargo, Ignacio irá cambiando esta visión inicial. Escuchará la historias del cura Santa Cruz de quien se contaba, entre otras lindezas, que había fusilado a una embarazada⁴¹, y verá como los pliegues de la historia transforma los mitos y leyendas⁴² nacionales en personajes de carne y hueso. Así, se irá dando cuenta de que cuando uno entra en la guerra, los principios⁴³ que le han llevado a ella se abandonan. Se dirá a sí mismo que “no hay ideas y sí acción [pues] el enemigo es el otro”⁴⁴. Se dará cuenta también de que aquello no es un ejército sino una banda⁴⁵. Todo esto hace que desmitifique la guerra que Ignacio había idealizado cuando oía por los montes las proclamas encendidas de retórica que ya inflamaban los corazones sencillos y “encendían la fantasía de Ignacio y Juan José”⁴⁶. Paulatinamente irá tomando conciencia de los hechos y de las cosas tal y como son, a medida que él mismo se va des-civilizando poco a poco y la guerra se va convirtiendo para él en una vana impresión⁴⁷. El trato que reciben en los batallones por parte de sus jefes que “eran unos pillos”⁴⁸ contribuirá a ello.

Por otro lado, la religión divide en lugar de cohesionar a la sociedad, se trata de una religión “de sangre y venganzas”⁴⁹. La religión unida al demonio convierte a la guerra en un negocio divino⁵⁰. Será precisamente Pedro Antonio, el padre de Ignacio, quien decida en viarlo a la guerra y quien financie también la guerra del Duque de

30 *Ibidem*, p. 126.

31 *Ibidem*, p. 37.

32 *Ibidem*, pp. 79 y 136-137.

33 *Ibidem*, p. 99.

34 *Ibidem*, p. 106.

35 *Ibidem*, p. 107.

36 *Ibidem*, p. 209.

37 *Ibidem*, pp. 35 y 41.

38 *Ibidem*, p. 37.

39 *Ibidem*, p. 59.

40 *Ibidem*, p. 209.

41 *Ibidem*, p. 102.

42 *Ibidem*, p. 171.

43 *Ibidem*, p. 116.

44 *Ibidem*, p. 117.

45 *Ibidem*, p. 101.

46 *Ibidem*, pp. 92 y 93.

47 *Ibidem*, p. 119.

48 *Ibidem*, p. 207.

49 *Ibidem*, p. 173.

50 *Ibidem*, pp. 52 y 91.

Madrid⁵¹. También los carabineros tienen intereses en la guerra y actúan como mercenarios⁵². Mientras, la religiosidad popular permanece ajena a todo esto⁵³ y, asociada a ella, se manifiesta la fe del carbonero⁵⁴ que tanto admiraba Unamuno y que le hace decir al narrador de la novela “Vale más la fe ciega que anima, que la convicción que aplana”⁵⁵. Esta religiosidad está basada en el miedo y nos recuerda a Dostoievski –“si Dios no existe todo está permitido”– cuando Ignacio, al defender su fe ante Juan Arana, afirma: “si yo no creyera en el infierno, ¿qué sería de mí?”⁵⁶.

Las cuestiones relativas a la guerra son asunto de hombres, mientras que el “vigoroso valor [pertenece a] las pacíficas mujeres”⁵⁷, las cuales nunca peleaban; y cuando lo hacían “peleaban silenciosas, con la resignación”. Esto último supone un indicio de rebelión ante el determinismo de sus vidas y de su suerte. Por eso Unamuno en esta novela identifica valor femenino con paz y chulería masculina con guerra; y por eso también, la novela nos muestra mujeres “de carácter”, es decir valientes, silenciosas y no reactivas, mientras que los hombres “con carácter” nos los pinta como seres reactivos sin capacidad de determinar sus vidas, al albur de la primera provocación, es decir, sin carácter. Sólo riñen los niños⁵⁸ y también los hombres cuando en ellos despierta el niño y el salvaje que llevan dentro. Sólo se crean hermanos cuando se riñe con ellos, nos dice Unamuno.

El capítulo tercero narra los detalles del sitio de Bilbao, un sitio a la alemana⁵⁹ en el que los bombardeos quedan suspendidos en varias ocasiones. Unamuno describe en este capítulo la paz en la guerra, es decir, la naturalidad con la que transcurre la vida cotidiana en la villa, el modo tranquilo en que los guiris se toman a juego la guerra, el comercio⁶⁰ que se da en la guerra de asedio. Una vez terminado el asedio, Ignacio llega a Somorrostro donde había pedido que lo destinaran a un batallón para librarse de Celestino. Ignacio se pasa la guerra esperando⁶¹ entre tanto “estúpido bombardeo, lento, pesado”⁶², pero en una acción Ignacio es alcanzado en el pecho y muere⁶³. Mientras, los generales de ambos bandos intentan pactar, pero la guerra se reanuda y las tropas del general liberal Concha encierra a las carlistas en Somorrostro y al final rompe la línea carlista⁶⁴.

Los padres de Ignacio reciben la noticia de su muerte con resignación⁶⁵ y cierta incredulidad⁶⁶, pero mientras en Josefa Ignacia esta herida cicatriza pronto en su alma, en Pedro Antonio se manifiesta bajo la forma de una extraña calma⁶⁷. El ejército saquea y quema las aldeas⁶⁸. En el acto de la jura de los fueros por el rey, Pedro Antonio besa la mano del rey y esto le produce un fuerte impacto emocional que tiene un efecto terapéutico similar a la descarga de conciencia que produce la confesión, que libera en él las penas y le permite hacer, por fin, un pacto con la realidad, asumirla

51 *Ibidem*, pp. 59, 67 y 79.

52 *Ibidem*, p. 172.

53 *Ibidem*, pp. 35-36 y 53.

54 *Ibidem*, pp. 60 y 169.

55 *Ibidem*, p. 163.

56 *Ibidem*, pp. 36 y 57.

57 *Ibidem*, p. 160.

58 *Ibidem*, pp. 80, 82, 168 y 194.

59 *Ibidem*, p. 170.

60 *Ibidem*, p. 164.

61 *Ibidem*, p. 205.

62 *Ibidem*, p. 206.

63 *Ibidem*, p. 222.

64 *Ibidem*, p. 232.

65 *Ibidem*, p. 234.

66 *Ibidem*, pp. 235 y 236.

67 *Ibidem*, p. 235.

68 *Ibidem*, p. 250.



y hacer el duelo por la muerte de su hijo⁶⁹. Por eso llora en público y pasa del “he perdido a mi hijo” al “mi hijo ha muerto”, y por eso su mujer, Josefa, se alegra al ver que por fin su marido hace el duelo por la muerte de Ignacio⁷⁰. Al final, la guerra acaba por consunción⁷¹, se produce una desbandada general⁷² que pone al descubierto la hipocresía de la gente con respecto a sus ideales en la guerra, la traición final de la iglesia a los ideales carlistas que decía defender⁷³, y las discordias entre los mismos carlistas entre los puros y los *amorebietos*⁷⁴, pero la vida vuelve poco a poco a renacer⁷⁵. El matrimonio vive con el tío Pascual, pero se distancia en la relación después de la muerte de su hijo⁷⁶. La paz cambia a las personas⁷⁷.

La obsesión por la muerte es constante a lo largo de toda la novela⁷⁸. En cierto sentido, la obra recuerda a Hobbes y a Tito Marcio Plauto (*homo homini lupus*) pues Unamuno explica la muerte como un fenómeno coherente con la vida, que para él, es lucha y guerra, por eso entiende la muerte como muerte en guerra, y quizás por eso también titule a esta novela *Paz en la Guerra*. También son una constante en la novela los sentimientos escondidos de remordimiento por convertir la guerra en un negocio, por haber enviado a la guerra, y a la muerte, a su hijo más como una inversión de sus ahorros en la causa carlista⁷⁹ que como resultado de una preocupación sincera por el carlismo⁸⁰, aunque también la hubiera. Pedro Antonio lamenta haber salido de su aldea⁸¹ pensando que el destino de su hijo habría sido otro. Josefa entra en depresión, enferma y muere⁸². Después de la muerte de su mujer, Pedro Antonio parece recobrar la paz personal y reconciliarse con el mundo, y con ella, recobrara la libertad de espíritu. Esa misma libertad es la que, al final de la novela le permite a Pedro Antonio contraponer, por un lado, las nacionalidades políticas, que contienen un componente artificial, a las nacionalidades históricas, hijas de la guerra, de naturaleza étnica y naturaleza tribal, origen de los pueblos con patria espiritual⁸³. Quizá con estas ideas ya estuviese Unamuno empezando a elaborar su concepto de intra-historia.

3. LIBERTAD Y DETERMINISMO EN LA PAZ EN LA GUERRA

Unamuno es liberal, pero en la novela no toma partido y se limita a contar lo que ocurre, lo que él ve en la ciudad y en el campo. En este sentido, es bastante objetivo. Aún así, se puede apreciar las simpatías que tiene por la forma de vivir de las gentes del campo, de los pueblos, en lo tocante a la religión y a la naturalidad de sus gentes. Él valora la expresión natural y espontánea de la religiosidad popular, no la de los curas de las ciudades a quienes considera parte de la superestructura de la iglesia católica. Otra crítica que lanza la novela se refiere al ejército, el cual en lugar de defender y proteger al pueblo lo saquea y desaloja paradójicamente.

69 *Ibidem*, pp. 266 y 267.

70 *Ibidem*, p. 268.

71 *Ibidem*, pp. 268 y 270.

72 *Ibidem*, p. 271.

73 *Ibidem*, p. 269.

74 *Ibidem*, p. 262.

75 *Ibidem*, p. 272.

76 *Ibidem*, p. 279.

77 *Ibidem*, p. 280.

78 *Ibidem*, pp. 232, 244, 245 y 287.

79 *Ibidem*, p. 212.

80 *Ibidem*, pp. 247, 256, 257, 260 y 273.

81 *Ibidem*, p. 286.

82 *Ibidem*, pp. 283-284.

83 *Ibidem*, p. 282.





Toda la novela está impregnada de dualismo⁸⁴ que traduce en binomios simplistas las realidades duales: campo-ciudad⁸⁵, absolutismo-liberalismo, católico-masón, carlista-liberal, etc. De modo que los atributos de carlista se correspondían con el hecho de pertenecer al medio rural, ser de pueblo, trabajar en la agricultura, ser tradicionalista y católico. Mientras que los que estaban con la I República eran liberales, pequeños comerciantes cultos, burgueses con intereses industriales⁸⁶, pertenecientes al mundo de la ciudad, asociados a la masonería⁸⁷ y asimilados a los protestantes⁸⁸ por no profesar la verdadera religión católica y española. La Iglesia se decanta hacia el bando carlista y pasa del viejo “Dios y fueros”⁸⁹ a la nueva divisa del carlismo “Dios, Patria y Rey”⁹⁰. Está en contra del progreso económico e industrial, y rechaza la expansión del ferrocarril⁹¹; una actitud es coherente con la del joven don Carlos el cual quería dar a España “[...] la libertad, hija del Evangelio, no el liberalismo, hijo de la protesta”.

Un primer elemento de determinismo aparece en la superposición de los dos personajes principales de la novela como si de uno sólo se tratase. No queda del todo claro si el protagonista es Pedro Antonio, el chocolatero, o más bien su hijo Ignacio, el cual va ocupando mucho espacio en el relato a medida que este avanza. Esta indefinición, probablemente buscada por Unamuno, quizás sea debida precisamente a la falta de libertad del chaval frente a la omnipresencia determinante de su padre, Pedro Antonio. Es éste quien se propone educarlo con la ayuda del cura⁹², él es quien le empuja a ir a la guerra⁹³; tan es así que el propio Ignacio siente que sin la voluntad de sus padres nunca sería verdadero voluntario⁹⁴.

Por otro lado, la resignación se hace presente a lo largo de toda la novela como un ingrediente permanente de la vida cotidiana⁹⁵. La madre de Ignacio acepta con resignación la decisión de Ignacio –en realidad, la imposición de su marido– de ir a la guerra⁹⁶, y cose con meses de antelación el “detente bala” que llevará Ignacio colgado al cuello durante la guerra. Pero no sólo se resignan las mujeres⁹⁷ o los padres de Ignacio, que aceptan su muerte con resignación cristiana y sumisión a la voluntad divina, también lo hace el propio Ignacio⁹⁸, don Juan⁹⁹, o el General Elío¹⁰⁰. De un modo más general, la novela también rezuma resignación en otras reflexiones de carácter más general que hacen referencia a la vida colectiva ya sea de los pueblos, como de la gente del pueblo. Así, vemos cómo España también se resigna con un determinismo absoluto y total¹⁰¹, o cómo los jóvenes carlistas entre los que se encontraba Ignacio “[...] iban a la muerte en salvaje resignación”¹⁰². También los mozos forzosos se resignaban al principio cuando se produce la saca de mozos “levas de los hombres del silencio y del trabajo”¹⁰³, aunque luego “resultaban más voluntarios que los escapados de la

84 *Ibidem*, p. 75.

85 *Ibidem*, p. 72.

86 *Ibidem*, p. 63.

87 *Ibidem*, pp. 67 y 126.

88 *Ibidem*, p. 60.

89 *Ibidem*, p. 282.

90 *Ibidem*, pp. 49 y 85.

91 *Ibidem*, p. 74.

92 *Ibidem*, p. 132.

93 *Ibidem*, p. 91.

94 *Ibidem*, pp. 85 y 94.

95 *Ibidem*, pp. 73, 74, 76 y 82.

96 *Ibidem*, p. 94.

97 *Ibidem*, p. 159.

98 *Ibidem*, p. 169.

99 *Ibidem*, p. 173.

100 *Ibidem*, p. 231 y 233.

101 *Ibidem*, pp. 271, 286 y 290.

102 *Ibidem*, p. 218.

103 *Ibidem*, p. 114.

de la calle, que los bullangueros de la villa. Voluntad permanente la de la resignación activa¹⁰⁴ que es arrancada del mozo por la masa, pues era “la masa la que tomaba las determinaciones”¹⁰⁵, y por eso mismo la gente sencilla del campo se resignaba ante “el lento saqueo en los graneros del labrador pacífico”¹⁰⁶.

Los personajes se encuentran determinados por el medio físico en el que se desenvuelven sus vidas, de forma que Unamuno contrapone la forma de pensar y de entender la vida de las gentes del campo a la de las gentes de la ciudad. Quizás como añoranza del paraíso perdido de su infancia en el mundo rural de las afueras de Bilbao, Unamuno siente una enorme fascinación por las gentes del pueblo llano, de ese mundo rural de su infancia. Busca en ellos el espíritu del pueblo¹⁰⁷, ve en el carácter de estas gentes el alma de los pueblos en la creencia de que los pueblos poseen un fondo espiritual que no es histórico sino *intra-histórico* –quizás el equivalente del *sonderweg* alemán– en donde se funde la conciencia individual con la del pueblo¹⁰⁸. Esta intra-historia, atemporal a la que no podemos escapar queda reflejada en la novela en una suerte de determinismo histórico del tipo “los cosas son como son y no pueden ser más que como son”¹⁰⁹. También hay otro determinismo de tipo histórico-económico cuando habla de que los hombres estaban sometidos al amo, cuyo derecho de propiedad acataban, “como al yugo sus bueyes”¹¹⁰. Otro determinismo es el del alma frente al dolor¹¹¹.

También contiene la novela otros elementos de determinismo como el existente entre las madres y sus hijos curas¹¹², o en las relaciones entre hombres y mujeres como, por ejemplo, en la forma en que se establece la boda de la aldea del padre de Ignacio¹¹³; o en la muerte del tío Miguel, hermano de don Juan Arana, que parece estar enamorado de su sobrina Rafaela –aunque no quede claro en la novela–, pero no se atreve a manifestarle su amor¹¹⁴ y muere irremisiblemente sin hacérselo saber¹¹⁵. El hombre es definido en Unamuno por su condición finita, por su muerte. Y también ante la muerte aparece el sentimiento de resignación durante el asedio con un “morir habemos”¹¹⁶. Unamuno expresa una relación constante entre la muerte y el azar¹¹⁷. El bombardeo de Bilbao en el que muere Faustino¹¹⁸ es también fruto de la mala suerte. Queda por saber si ya estaba escrito, si esta muerte formaba parte, como dice Unamuno, del “[...] lento tejer de la trama infinita del telar de la suerte”¹¹⁹.

Se produce una poetización, una visión homérica de la guerra¹²⁰, que es presentada como un mal necesario¹²¹. El papel que en la guerra juega la religión¹²² también se puede observar un cierto determinismo al atribuir una filiación divina al poder terrenal y una repetición de la historia guiada por la mano de Dios¹²³. De acuerdo

104 *Ibidem*, p. 115.

105 *Ibidem*, p. 219.

106 *Ibidem*, p. 111.

107 *Ibidem*, pp. 52 y 91.

108 *Ibidem*, pp. 73, 104, 108, 109 y 245.

109 *Ibidem*, pp. 57, 103, 104, 109, y 125.

110 *Ibidem*, p. 73.

111 *Ibidem*, p. 251.

112 *Ibidem*, p. 127.

113 *Ibidem*, pp. 83 y 114.

114 *Ibidem*, p. 196.

115 *Ibidem*, p. 202.

116 *Ibidem*, p. 177.

117 *Ibidem*, p. 222.

118 *Ibidem*, p. 156.

119 *Ibidem*, p. 158.

120 *Ibidem*, pp. 192, 274 y 275.

121 *Ibidem*, p. 253.

122 *Ibidem*, p. 189.

123 *Ibidem*, p. 136.



con esto, Dios protege a tanto a los liberales¹²⁴ como a los carlistas que confunden la voluntad divina con la necesidad de ir a la guerra¹²⁵. Tanto es así que justificaban las barbaridades a su entrada en Cuenca, y las consecuencias de su furia quedan justificadas como el resultado de la justicia divina¹²⁶. Y, *sensu contrario*, cuando eran ellos los que sufrían el atropello, lo justificaban como medio para fortalecer su fe, pues “el martirio hace la fe, que no la fe el martirio”¹²⁷. Con todo, hay algunos indicios de libertad, pocos, en ciertos pasajes finales de la novela en los que Pedro Antonio se interroga sobre el sentido de la guerra¹²⁸, y se pregunta “¿a qué viene la guerra?”¹²⁹, o en aquellos en los que se rebela frente la muerte de su hijo¹³⁰.

4. CONCLUSIONES: LIBERTAD Y DETERMINISMO EN UNAMUNO

Unamuno cree que en la conciencia del ser humano hay una serie de relatos que forman parte de nuestro conocimiento y de la tradición que no es histórica sino atemporal, que no se aprende ni se explica, sino que se mama desde la cuna. Esta tradición, elemento fundamental del alma del individuo es operativa, y en España se manifiesta en la literatura, la mística y en el sentimiento del honor; pero también se puede observar el alma española en que todo español sepa “[...] de donde les salen las voliciones enérgicas”¹³¹, y en que “[...] lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama”¹³².

Como podemos ver, Unamuno no cree que la conciencia de un pueblo se forme como un proceso histórico sino que, más bien, se encuentra por debajo, es la corriente que hace discurrir el agua de un río pero que no se ve en la superficie del agua fluye. En el capítulo IV de *En torno al casticismo* ya avanza la idea de paz en la guerra cuando señala que “[...] Es la paz reflejo del concierto del mundo y no la lucha ley de la vida. ¡Hueras utopías para aquellos a quienes lo bestial que hay en los hombres les ha enredado en la monserga del struggle for life, impidiéndoles ver la paz hasta en las entrañas del combate!”¹³³.

El determinismo aparece en la obra de Unamuno como elemento constitutivo del espíritu español. El teatro de Calderón primero y el Quijote después, representan para Unamuno el espíritu castellano. Los personajes del teatro de Calderón –que se limita a describir de forma sencilla hechos desnudos– no son dueños de sus vidas, sino que aparecen desarbolados frente al destino. Ante esta situación caben tres reacciones: (i) dejarse llevar de forma resignada ante lo inevitable; (ii) hacer frente y resistir con el impulso de la pasión irreflexiva la distribución del destino que Dios nos ha asignado; y (iii) una vez evitada y vencida la primera excitación del espíritu, el primer impulso ciego, la primera oleada de indignación que alimenta las pasiones vehementes del “porque no me da la gana”, utilizar la voluntad libre y adherirse de forma meditada a una decisión en la que la razón se sobrepone al impulso involuntario.

124 *Ibidem*, p. 190.

125 *Ibidem*, p. 235.

126 *Ibidem*, p. 252.

127 *Ibidem*, p. 285.

128 *Ibidem*, pp. 234, 259, 287, y 288.

129 *Ibidem*, p. 217.

130 *Ibidem*, pp. 254 y 274.

131 MIGUEL DE UNAMUNO (20051): *En torno al casticismo*. Edición Jean-Claude Rabaté, Cátedra, Madrid, p. 194.

132 MIGUEL DE UNAMUNO (20051), *Op. cit.*, p. 195 y MIGUEL DE UNAMUNO (1995), *Op. cit.*, p. 193.

133 *Ibidem*, p. 239.





Los personajes de Calderón tienen fe en su suerte y –quizás por eso mismo– se rebelan ante ella. Este hecho constituye, en opinión de Unamuno, uno de los rasgos propios del espíritu español, que el mismo Schopenhauer miraba con simpatía. Por eso considera Unamuno que sin la dosis de arrojo que proporciona la ignorancia no se habría producido el descubrimiento de América. A nadie le debe de parecer extraño, dice Unamuno, que un pueblo así conquiste América. Somos conquistadores, no estrategas o negociadores. Pero cuando la voluntad se da cuenta de que no hay nada que hacer, el español se vuelve resignado e indolente. Esta indolencia se traduce ideológicamente en un profundo desprecio por el esfuerzo que representa el trabajo como actividad poco noble, elevada y espiritual. Esta idea, alimentada por la Iglesia católica –la gran ideóloga de la nación española–, constituye la coartada perfecta para que el español no enfrente la realidad decadente y para que apoyado en la tradición mística española, la sublime.

Unamuno interpreta la rebelión furiosa del español contra su suerte como un movimiento de la voluntad, como la forma española de ser libre. A nuestro juicio, sin embargo, esta “libertad indócil” del español unamuniano, la que nace de la rebelión sería más bien el resultado ineludible de una concatenación de acciones y reacciones de las que somos en parte responsables por reacción, pero a las que no podemos escapar debido precisamente a nuestra debilidad de carácter y falta de voluntad, a nuestra indisciplina y “reactivismo”. En realidad, se trataría más bien de un determinismo “reactivo”, es decir, de aquel que entiende la providencia en un sentido más cercano a como lo hace Séneca, quien citando a Demetrio señalaba: “[...] ‘Los hados nos guían y en el momento mismo de nacer quedó ya determinado todo el tiempo que está reservado a cada uno. Una causa depende de otra y el orden eterno de las cosas fija el curso de los negocios tanto públicos como privados’. Por todo lo cual, se han de sobrellevar todas las cosas con fortaleza, porque no todas suceden por azar, como creemos, sino que todas están encadenadas por un orden o ley. Hace tiempo que está decretado cuánto has de gozar, cuánto has de llorar”¹³⁴.

En su obra, *Recuerdos de niñez y mocedad*, Unamuno (1908) nos relata una metáfora relativa a la historia de la mosca y de la abeja que, encerradas en una urna de cristal buscan la salida, representan la razón y el espíritu, respectivamente. En la visión de la razón que tiene Unamuno, la abeja es más lógica y por lo tanto más estúpida, pues es incapaz de encontrar una salida y resolver su situación vital consistente en estar atrapada en el interior de la vasija de cristal. La abeja representa la incapacidad de la razón para resolver ningún problema vital que afecte al ser humano. La mosca, por el contrario, representa para Unamuno lo opuesto a la lógica, es decir, la estética. Por este motivo, la mosca es más espiritual pues revolotea sin buscar la salida, pues no distingue entre prisión y libertad y sólo hace lo que sabe hacer, volar. Por lo tanto, la liberación de la mosca no es un alivio para ella sino para quien así aprecia su situación de falta de libertad. De este modo, Unamuno critica la insuficiencia de la razón que, además de insuficiente, es falsa – “esa vieja zorra engañosa llamada razón”, dirá Nietzsche–, pues no es cierto que luz y razón coincidan. Para Unamuno la razón no es un valor absoluto y quien la creó fue un imbécil. El problema para un filósofo irracionalista como él consistirá entonces en fundamentar el papel de la razón como legitimador de la objetividad y del conocimiento. Al negar el criterio de la razón para determinar la objetividad, Unamuno busca la objetividad en el alma colectiva que va del individuo a lo global.

¹³⁴ SÉNECA, (2007): *Tratados Morales*. Espasa, Madrid, p. 44.

Señalemos para terminar que –en cuanto a la metafísica de la voluntad tan presente en la obra de Unamuno– el eterno dilema entre el apetito de aspirar sin fin a ser siempre y todo, empujado por el esfuerzo del ser y la confrontación con la conciencia de las propias limitaciones encierra una tensión continua entre el todo y la nada y que, como señala Pedro Cerezo, “[...] Este planteamiento se confirma en *Paz en la Guerra*¹³⁵, en la actitud de Pachico Zababide¹³⁶, el doble autobiográfico de Unamuno en la novela:

‘Pachico ha sacado provecho de la guerra, viendo en la lucha la conciencia pública a máxima tensión. Se le va curando, aunque lentamente y con recaídas, el terror a la muerte, transformado en inquietud por lo estrecho del porvenir; siente descorazonamiento al pensar que en lo corto de la vida y lo largo del ideal; que un día de más es un día de menos, pareciéndole a las veces que nada debe de hacerse, pues que todo queda incompleto. Mas se sacude pronto del “o todo o nada” de la tentación luciferina“.

¹³⁷

Idea esta de que todo queda incompleto que queda expresada también en otras partes de la novela¹³⁸ que hemos comentado.

Bibliografía

PEDRO CEREZO GALÁN (1996): *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Trotta, Madrid, 861 pp.

LUCIANO GONZÁLEZ EGIDO (1997): *Miguel de Unamuno*. Junta de Castilla y León, Valladolid, 192 pp.

SÉNECA, (2007): *Tratados Morales*. Espasa, Madrid, 239 pp.

MIGUEL DE UNAMUNO (1995): *Paz en la Guerra*. En *Obras Completas*. Biblioteca Castro Turner, Madrid, pp. 1-292.

MIGUEL DE UNAMUNO (20051): *En torno al casticismo*. Edición de Jean-Claude Rabaté, Cátedra, Madrid, 310 pp.

135 *Ibíd.*, p. 287.

136 *Ibíd.*, p. 50.

137 Cerezo Galán, Pedro (1996): *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Trotta, Madrid, p. 291.

138 Unamuno, Miguel de (1995), *Op. cit.*, p. 55.

